

# EL HAREN INTERIOR

Fatima Mernissi (\*)



Nuestro harén de Fez estaba rodeado de altos muros y, aparte del cuadrado de cielo que se veía desde el patio, la naturaleza no existía. Claro que si se subía como una flecha a la terraza, podía verse que el cielo era más grande que la casa, más grande que todo, pero desde el patio, la naturaleza parecía insignificante. Había sido sustituida por los motivos geométricos y florales de los azulejos, la carpintería y el estuco. Las únicas flores de impresionante belleza que había en la casa eran las de los coloridos brocados que cubrían los asientos y las de los cortinajes de seda bordada que protegían puertas y ventanas. Por ejemplo, si alguien quería evadirse de aquella geometría, era imposible que abriese la contraventana para mirar fuera. Todas las ventanas se abrían hacia el patio.



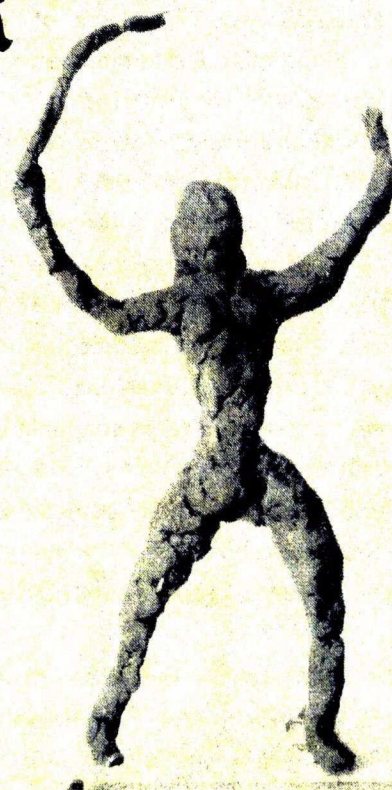
Ninguna daba a la calle.

Una vez al año, en primavera, hacíamos una nzaha o excursión a la granja de mi tío en Qued Fez, a diez kilómetros de la ciudad. Los adultos importantes iban en coche, mientras que los niños, las tías divorciadas y demás parientes lo hacíamos en dos grandes carros alquilados para la ocasión. Tía Habiba y Chama llevaban siempre panderetas y organizaban tal alboroto en el camino que sacaban de quicio al conductor.

-Si no paran ustedes, señoras -solía exclamar el hombre-, me saldré de la carretera y las dejaré a todas en el valle.

Pero sus amenazas eran inútiles, porque las panderetas y las palmas ahogaban su voz.

El día de excursión despertábamos todos al amanecer y caminábamos arriba y abajo por el patio como si fuera una fiesta religiosa, había grupos por todas partes: aquí, unos organizaban la comida, allá, otros preparaban las bebidas, y por todas partes se veía gente enrollando paños y alfombras. Chama y



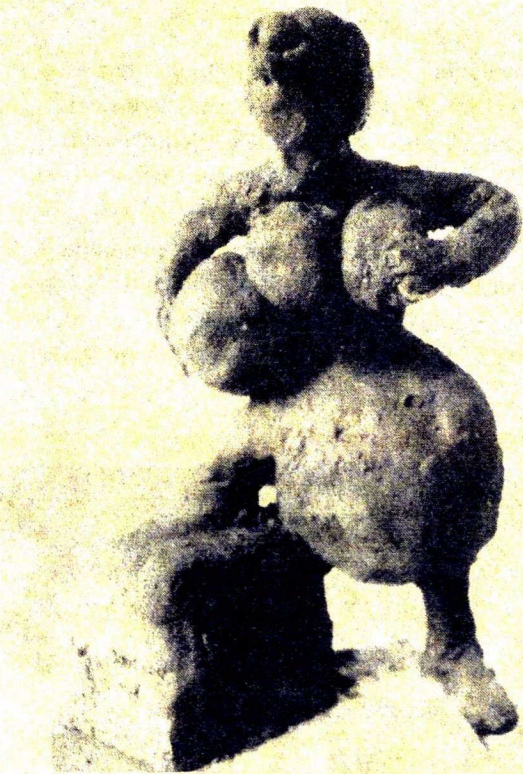
mi madre se encargaban de cargar los columpios.

-¡Cómo puede hacerse una excursión sin columpios! -decían cuando mi padre proponía que por una vez se olvidaran de ellos, porque llevaba mucho tiempo colgarlos de los árboles. Y solía añadir, sólo para provocar a mi madre:

-Además, los columpios están bien para los niños, pero tratándose de adultos pesados, los pobres árboles sufrirían.

Mientras mi padre hablaba esperando que mi madre se enfadara, ella seguía empaquetando los columpios y las cuerdas para atarlos, sin mirarlo siquiera. Y Chama cantaba en voz alta: "Si los hombres no pueden atar los columpios, lo harán las mujeres", imitando la aguda melodía de nuestro himno nacional Magrebuna watanuna (Nuestro Marruecos, nuestra patria). Samir y yo, entretanto, buscábamos febrilmente nuestras alpargatas, porque nuestras madres estaban tan ocupadas que no podíamos contar con su ayuda, y Lalla Mani se dedicaba a contar el número de vasos y platos "sólo para calcular los daños y al final del día comprobar cuántos se han roto". Ella podía pasarse sin excursiones, solía decir, sobre todo porque en lo que a la tradición se refería,





su origen era dudoso.

-Ni siquiera se nombran en los Hadices -decía. Y hasta podría contarse como pecado el Día del Juicio.

Solíamos llegar a la granja a media mañana, equipados con montones de alfombras, asientos ligeros y januns. Una vez extendidas las alfombras, se abrían los asientos, se encendían los fuegos y se preparaban los shish kebabs. Las teteras canturreaban al unísono con los pájaros. Luego, después del almuerzo, algunas mujeres se dispersaban por el bosque y los campos, buscando flores, hierbas aromáticas y otras plantas para utilizarlas en los tratamientos de belleza. Otras se turnaban en los columpios. Hasta que no se ponía el sol no iniciábamos el viaje de regreso a casa, donde las puertas volvían a cerrarse a nuestras espaldas. Luego, mi madre se sentía muy desgraciada durante días.

-Cuando pasas todo un día entre los árboles decía, se te hace insoportable despertar con cuatro paredes por todo horizonte.

A nuestra casa sólo se podía entrar cruzando la puerta principal que controlaba Ahmed, el portero. Pero para salir se podía utilizar otra vía: la terraza. Se podía saltar desde la nuestra a la de la casa de al lado y salir luego a la calle por la puerta de ésta. Lalla Mani guardaba oficialmente la llave de nuestra terraza y Ahmed apagaba las luces de las escaleras cuando se ponía el sol. Pero como la terraza se utilizaba a lo largo del día para diversas actividades

domésticas, desde ir a buscar aceitunas, que se guardaban allí en tinajas, hasta lavar y tender la ropa, a menudo la llave quedaba a cargo de tía Habiba, que ocupaba la habitación contigua.

El acceso a la terraza no estaba vigilado casi nunca, por la sencilla razón de que era muy complicado llegar a la calle por ella. Para hacerlo, era imprescindible dominar a la perfección tres técnicas: escalar, saltar y aterrizar con agilidad. Casi todas las mujeres sabían escalar y saltar bastante bien, pero pocas podían aterrizar airosoamente. De vez en cuando aparecía alguna con un tobillo vendado y todos sabían qué había hecho. La primera vez que bajé de la terraza con las rodillas sangrando, mi madre me explicó que el mayor problema de la vida de una mujer era calcular un buen aterrizaje.

-Cuando vas a emprender una aventura -dijo-, no tienes que considerar el principio sino el final. Así que cuando te entren deseos de volar, piensa cómo y dónde acabarás.

Pero había otra razón más seria por la que las mujeres como Chama y mi madre consideraban que escapar por la terraza no era una alternativa viable a la puerta principal. La vía de la terraza tenía un aspecto clandestino y furtivo que repugnaba a quienes defendían el derecho de las mujeres a moverse libremente. Enfrentarse a Ahmed en la puerta era un acto heroico. En cambio, escapar por la terraza no lo era, ni entrañaba el ardor inspirador, subversivo de la liberación.

Ninguna de estas intrigas valía para la granja de Yasmina, por supuesto. Allí la puerta no tenía sentido, porque no había muros. Y para estar en un harén, creía yo, se necesitaba una barrera, una frontera. Cuando aquel verano visitamos a Yasmina, le conté la versión de Chama sobre la creación de los harenes. Al advertir que me prestaba atención, decidí demostrarle todos mis conocimientos históricos y le hablé de los romanos y sus harenes y de cómo los árabes se habían convertido en los sultanes del planeta gracias a las mil mujeres del califa Harun al-Rasid y de como habían engañado los cristianos a los árabes cambiando las reglas del juego del poder mientras ellos dormían. Yasmina rio mucho con la historia y me dijo que ella era demasiado ignorante para valorar los datos históricos, pero que todo le parecía muy divertido y lógico también. Pregunté entonces si la versión de Chama era correcta o falsa y Yasmina respondió que todo aquel asunto de correcto y falso debía tomarse con calma. Dijo que algunas cosas

podían ser lo uno y lo otro, y otras ni lo uno ni lo otro.

-Las palabras son como las cebollas -dijo. Cuantas más capas quitas, más significados encuentras. Y cuando empiezas a descubrir la multiplicidad de significados, lo de correcto y falso carece de importancia. Todas las preguntas que tú y Samir han planteado sobre los harenes están muy bien, pero siempre quedará más por descubrir. Ahora quitaré otra capa para ti -añadió luego. Pero recuerda que sólo es una entre las demás.

Me dijo que la palabra "haren" era una ligera variación de la palabra haram, lo prohibido, lo proscrito. Que era lo contrario de halal, lo permitido. Harén era el lugar en que un hombre alojaba a su familia, a su esposa o esposas, y a sus hijos y parientes. Podía tratarse de una casa o de una tienda y designaba tanto el espacio como a la gente que vivía en él. Se decía "el harén de Sidi Fulano de Tal" refiriéndose tanto a los miembros de su familia como a la casa propiamente dicha. Me ayudó a comprenderlo mejor el que Yasmina me explicase que La Meca, la ciudad santa, se llamaba también Haram. La Meca era un lugar donde el comportamiento estaba estrictamente codificado. En cuanto uno llegaba a La Meca quedaba sometido a una larga serie de leyes y normas. La gente que entraba en La Meca tenía que ser pura: tenía que realizar ritos de purificación y no podía mentir, engañar ni cometer malas acciones. La ciudad pertenecía a Alá y si se entraba en su territorio había que cumplir su santa ley o shari'a, y lo mismo se aplicaba a un harén cuando se trataba de una casa perteneciente a un hombre. Los demás hombres no podían entrar en ella sin permiso del dueño, y cuando lo hacían tenían que acatar las normas de éste. Un harén se relacionaba con el espacio privado y las normas que lo regían. Y no hacían falta muros, me dijo Yasmina. En cuanto uno sabía qué estaba prohibido, llevaba el harén en el interior. Lo tenía en la cabeza, "grabado bajo la frente y bajo la piel". La idea de un harén invisible, una ley tatuada en la mente, me resultaba de lo más inquietante. No me gustaba nada y Yasmina tuvo que explicármelo mejor.

Dijo que la granja era un harén, pero no tenía muros.

-¡Sólo hacen falta muros si hay calles!

Pero si alguien decidía vivir en el campo, como el abuelo, entonces no necesitaba entradas, porque estaba en medio de los campos y no había transeúntes.





tes. Las mujeres podían salir libremente porque no había hombres extraños que merodearan espiándolas. Podían cabalgar o pasear horas y horas sin ver un alma. Y si por casualidad encontraban a un campesino en el camino y él veía que no llevaban velo, se cubriría la cabeza con la capucha de la chilaba para demostrar que no las miraba. Así que en este caso, me dijo Yasmina, el harén estaba en la mente del campesino, grabado en algún lugar bajo su frente. Él sabía que las mujeres de la granja pertenecían al abuelo Tazi y que no tenía derecho a mirarlas.

Eso de andar por ahí con una frontera en la cabeza me inquietó y me llevé discretamente la mano a la frente para comprobar que estaba lisa, sólo para ver si por casualidad estaba libre del harén. Pero entonces la explicación de Yasmina me pareció incluso más alarmante, porque a continuación dijo que todos los espacios en que se entraba tenían normas propias que eran invisibles y uno debía descifrar.

-Y cuando digo "espacio" -continuó-, me refiero a cualquier espacio: un patio, una terraza o una habitación e incluso la calle, si a eso vamos. Donde hay seres humanos, hay una qa'ida, o norma invisible. Si la respetas, no te pasará nada.

Me recordó que, en árabe, qa'ida tenía diversos significados, todos ellos con una premisa básica común. Una ley matemática o un sistema legal era una qa'ida, y también lo eran los cimientos de un edificio. Qa'ida era también una costumbre o un código de comportamiento. Qa'ida estaba en todas partes. Entonces añadió algo que verdaderamente me asustó:

-Por desgracia, la qa'ida casi siempre está en contra de las mujeres.

-¿Por qué! Eso no es justo, ¿a que no! -pregunté, acercándome más para no perderme palabra de la respuesta.

El mundo, dijo Yasmina, no se preocupaba de ser justo o injusto con las mujeres. Las normas se hacían de tal modo que las despojaban de una u otra forma. Por ejemplo, dijo, tanto los hombres como las mujeres trabajaban desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Pero los hombres ganaban dinero y las mujeres no. Ésa era una de las normas invisibles. Y cuando una mujer trabajaba de planta y no ganaba dinero, estaba atrapada en un harén, aunque no viera los muros.

-Tal vez las normas sean crueles porque no las hacen las mujeres -fue la conclusión de Yasmina.

-¿Y por qué no las hacen las mujeres! -pregunté.

-En cuanto las mujeres sean listas y empiecen a plantear esa misma pregunta -contestó ella- en vez de dedicarse a cocinar y limpiar dócilmente, descubrirán el medio de cambiar las normas y volver el planeta del revés.

-¿Y cuánto tardará en suceder eso! -pregunté.

-Mucho tiempo -respondió Yasmina.

Le pregunté luego si podía explicarme cómo descifrar la norma oculta, o qa'ida, cuando entraba





en un espacio nuevo. ¡Había señales o algo tangible que pudiera buscar? No, contestó, por desgracia no había indicios, excepto la violencia posterior al hecho. Porque en el momento en que desobedeciera una norma invisible, me lastimarían. Sin embargo, observó que muchas de las cosas que más placer proporcionaban a la gente en la vida, como pasear, descubrir el mundo, cantar, bailar y expresar una opinión, figuraban muchas veces en la categoría de lo



estrictamente prohibido. En realidad, la caída, la norma invisible, muchas veces era peor que los muros y las puertas. Con los muros y las puertas uno al menos sabía a qué atenerse.

Ante tales palabras, casi deseé que todas las normas se convirtieran súbitamente en fronteras y muros visibles, delante mismo de mis ojos. Pero luego se me ocurrió otra idea inquietante. Si la granja de Yasmina era un harén, pese al hecho de que allí no había muros visibles, entonces, ¿qué significaba hurriya, o libertad? Se lo dije a Yasmina y pareció algo preocupada; dijo que le gustaría que jugara como los demás niños y dejase de pensar en los muros, las normas, las restricciones y el significado de hurriya.

-Si piensas demasiado en muros y normas, perderás la ocasión de ser feliz, querida niña -dijo. El objetivo esencial de la vida de una mujer es la felicidad. Así que no dediques el tiempo a buscar muros para darte de cabeza contra ellos.

Para hacerme reír, Yasmina dio un salto, corrió hacia la pared, y simuló darse cabezazos contra ella, gritando:

-¡Aie, aie! ¡La pared me hace daño, la pared es mi enemiga!

Me eché a reír a carcajadas, aliviada al saber que, pese a todo, la dicha era posible. Yasmina me miró fijamente, se llevó un dedo a la sien y preguntó:

-¿Entiendes qué quiero decir?

Claro que entendía qué quería decir Yasmina, y la felicidad me pareció absolutamente posible, a pesar de los harenes, ya fueran visibles o invisibles. Corrí a abrazarla y mientras ella me estrechaba y me dejaba jugar con sus perlas rosadas, le susurré al oído:

-Te quiero Yasmina. De verdad. ¿Crees que seré una mujer feliz?

-¡Pues claro que lo serás! -exclamó ella. Serás una señora educada, moderna. Realizarás el sueño de los nacionalistas. Aprenderás idiomas extranjeros, tendrás pasaporte, devorarás libros y hablarás como una autoridad religiosa. Como mínimo, te irá mejor que a tu madre. Recuerda que incluso yo, inculta y atada por la tradición, he conseguido sacar algo de felicidad de esta condenada vida. Por esos no quiero que te concentres continuamente en las fronteras y las barreras. Quiero que te concentres en la diversión, la alegría y la felicidad. Ése es un buen proyecto para una señorita ambiciosa.

---

(\*) Tomado del libro *Sueños en el umbral*, Ed. Oceano, Mex. 1996